

# Complejos

---

Hoy me encuentro algo mejor. Casi he podido dormir del tirón, sin visitas sorpresa a la nevera, y mirarme al espejo no resulta tan traumático. Supongo que va por días.

Mamá me escondió la báscula hace tiempo y no deja de ponerme "posits" con mensajes de ánimo por toda la casa. Me presento, soy Alex y soy obeso.

Ya era casi la hora de ir a clase y Lucía, mi mejor amiga, me esperaba como siempre en la entrada del porche. Ella es una chica popular en el instituto, pelo largo, cintura de avispa, guapa y extrovertida, de esas que enamoran a primera vista. A decir verdad, nunca entendí por qué le agradaba la compañía de un chico tímido y retraído, raro y tremendamente gordo como yo.

Caminábamos como de costumbre hacia el instituto. Lucía daba saltos a mi alrededor sin parar de ofertarme planes para el fin de semana. Yo, sin embargo, me recreaba mirando los cordones de mis "converse" blancas cuando, de repente, algo en el suelo llamó mi atención. Me agaché para recoger lo que parecía un flyer de una nueva discoteca "mirror disco", o lo que es lo mismo, "discoteca espejo". Lucía me la arrebató de la mano antes de que pudiera ver más y leyó en voz alta: ¿quieres verte diferente?

Normalmente yo no salía los fines de semana. De hecho, no suelo salir, salvo para lo estrictamente necesario. Me los pasaba tirado en el sofá saltándome la dieta que se supone debía seguir durante la semana.

Lucía se arrodilló suplicándome que la acompañara a aquel evento, algo a lo que yo me negué rotundamente, aunque también sabía que no se rendiría con facilidad.

Llegamos a clase y el guaperas de turno ya estaba dentro, con los pies sobre la mesa, esperando la llegada de mi amiga. Yo lo detestaba profundamente. Antonio era el típico musculitos arrogante y con aires de prepotencia que solía mirar por encima del hombro a todo el mundo, y más a mí. Él siempre se dirigía a ella para piropoarla y ofrecerle el asiento contiguo, pero Lucía lo rechazaba para sentarse conmigo. Ésta sólo era una razón más para que él y el gracioso de la clase, Fernando, se burlaran de mí continuamente. Me insultaban, me

ponían apodosos y me parodiaban a la hora del almuerzo o en los recreos, llenándose la boca con más comida de la que eran capaces de masticar y relleno sus abrigos con otras prendas para imitar mi figura. Era verdaderamente horrible escuchar las risas de su público en los pasillos.

Odiaba a Antonio, a sus colegas y odiaba el instituto, pero, sobre todo, me odiaba a mí y todo lo que yo representaba.

Mi estado anímico era una montaña rusa y mi apetito compraba todos los tickets para subir a esta atracción.

Por suerte, Lucía nunca me dejaba solo, y yo agradecía que, al menos, una persona, aparte de mi madre, no me encontrara repugnante. También Celia, Alberto y Manu estaban pendientes de mí, intentando que me sintiera mejor ante alguna situación comprometida, pero eso no siempre funcionaba. Mi peor enemigo, sin duda, era yo mismo.

En mis peores días llegaba a casa, me encerraba en mi cuarto y sacaba del último cajón con llave infinidad de chocolatinas, snacks y similares que me acogían con los brazos abiertos y calmaban mi ansiedad por un tiempo. Me pegaba un atracón y me tumbaba sobre la cama, cerraba los ojos y deseaba con todas mis fuerzas que esto fuese una pesadilla.

Cuando los abrí aquella vez, mi madre y Lucía me estaban mirando. Sentadas cada una a un lado de la cama dijeron al unísono: “¡No puedes seguir así!”. Al parecer habían estado hablando. Lucía le contó a mi madre lo de aquella discoteca el fin de semana y las dos coincidieron en que sería buena idea que fuese; sin embargo, yo no opinaba lo mismo.

Al día siguiente me desperté con la sensación de haber engordado el doble mientras dormía. Me miré al espejo y mi madre apareció como un fantasma a mi lado, pidiéndome una vez más, que, por favor, pensase lo de aquel plan.

Había visto a mi madre llorar muchas veces a escondidas por mi culpa. Mi padre nos dejó cuando yo tenía sólo cuatro años y ella siempre había tratado de asumir ambos roles. Creía que mi enfermedad era por no haber sabido cubrir esa falta. Se lo debía, así que accedí a regañadientes y Lucía vino a buscarme a eso de las diez.

Caminando hacia la puerta de la discoteca ya empecé a arrepentirme de mi decisión. Antonio, el guaperas, y su amigo Fernando, el gracioso,

nos adelantaron en moto señalándome con el dedo y haciendo mofas... "¿las focas también van a las discotecas?". Se rieron.

Suerte que mi psicóloga me había enseñado cómo manejar aquel tipo de situaciones. Echaba de menos mi bolsa de papel para respirar, pero olvidé ese pensamiento cuando llegamos frente a la puerta. "¿Preparado?". No, y rotundamente no.

Justo en la entrada nos encontramos con un espejo enorme que distorsionaba nuestros cuerpos según el ángulo en el que te encontraras. Yo aparecía extremadamente delgado y Lucía parecía un hipopótamo sobre plataformas. Nos reímos a la vez. Dentro, en la pista de baile, multitud de espejos la rodeaban, unos te hacían parecer un enano, otros un gigante, en algunos tu cuerpo adoptaba formas realmente inhumanas... Había algunas caras conocidas, pude ver a mis compis del instituto pero a la mayoría de gente la desconocía, pero... eran obesos, como yo. ¿Casualidad?

Lucía y yo estuvimos bailando y pasando por todos los espejos señalándonos y sin parar de reír. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto, pero, sobre todo, hacía mucho más tiempo que no era capaz de reírme de mí.

Conocimos a mucha gente de "tallas grandes", hablamos, intercambiamos opiniones, inquietudes y problemas. Por fin, había gente que me entendía y no me juzgaba. Me sentía realmente bien.

Cerca de las doce, las luces se apagaron y un foco alumbró el centro de la pista. Una figura apareció de la penumbra y se puso ante un micrófono. ¡Cuál fue mi sorpresa al descubrir que se trataba de mi profesor de Educación Física! Su presentación fue muy directa: "Me llamo Tomás, y fui obeso".

Nos contó que había superado esta situación aprendiendo a reírse de sí mismo, a aceptarse tal y como era, y a partir de ahí comenzó a esforzarse por avanzar para sentirse bien. Comprendió que la obesidad era tan sólo una etapa más por la que algunas personas debían pasar para crecer y quererse más.

Lucía no me había dicho todo lo que ponía en aquel flyer. Se trataba de un local de encuentros para gente con problemas de peso, una especie de terapia poco convencional, pues para nada se parecía a aquellas reuniones de grupo a las que me obligaba a ir mi madre de vez en cuando.

Salí de aquel sitio siendo otra persona. De camino a casa mi humor había cambiado notablemente, me sentía vivo y capaz. Lucía y yo bromeábamos recordando algunos momentos en la pista de baile. Me alegré de que me hubieran hecho venir.

Al día siguiente, tiré a la basura toda la comida (ansiolítica para mí) de mi último cajón, reuní todos los posits de mi madre y los coloqué en mi espejo. Comencé a respetar aquella dieta que tanto me atormentaba y luché por cambiar mis hábitos sedentarios por el deporte. ¡Quién me lo iba a decir! Me sentía capaz de todo. En el instituto pasé de ser aquel chico tímido y retraído al extrovertido adolescente seguro de sí mismo que tanto había anhelado. Tenía ganas de vivir.

Hoy puedo decir que soy un chaval de 16 años preocupado por poco más que los estudios, que se ha superado a sí mismo y que cada día da las gracias a la gente que le rodea por poder contar con ellos. Pero, sobre todo, aquél que se recuerda frente al espejo lo importante que es el amor propio para extenderlo a los demás.

Hoy puedo decir que me quiero mucho y soy FELIZ.